



Lingüística y Literatura

ISSN: 0120-5587

revistalinylit@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Pöppel, Hubert

Hacia una nueva historia de la literatura colombiana

Lingüística y Literatura, núm. 49, enero-junio, 2006, pp. 15-20

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476548927002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Presentación

Hacia una nueva historia de la literatura colombiana

*Hubert Pöppel**

Para Augusto Escobar Mesa

Desde la publicación del *Manual de literatura colombiana* pasaron casi treinta años. Treinta años, por lo tanto, desde el último intento de escribir una historia de la literatura colombiana, “completa”¹. Ha llegado, entonces, la hora de volver a intentarlo. De hecho, no hay justificación –sea racional o emocional, política o estética, económica o literaria– para tal afirmación. Un país como Colombia puede seguir viviendo tranquilamente sin una nueva historia de su literatura. Sus autores, tanto los que han alcanzado el reconocimiento de todo el país y más allá de las fronteras, como los que se contentan con lectores de su región o con grupos de lectores con características muy específicas, no dependen de ninguna manera de su inclusión –o no-inclusión– en este tipo de libro-archivo. Ellos escriben para sus lectores, o para el mercado, o para sí mismos, y no para unos historiadores e investigadores. Sin embargo, algo falta; hay cierto vacío sin esa historia; ella es, sin que sepamos por qué, necesaria; existe un *desideratum* que es, a la par, un desafío ante la labor titánica que espera.

* Universidad de Jena, Alemania

1 Creo, incluso, que ésa ni siquiera fue la intención del Manual; pero como tal sirvió.

Desde hace media década, año más, año menos, el *desideratum* ha llevado a toda una serie de reflexiones, propuestas, encuentros y proyectos, entre los cuales quisiera destacar las iniciativas de la Universidad del Valle, con su revista *Poligramas*; de la Universidad Nacional, con su revista *Literatura: Teoría, Historia y Crítica*; y, hablando *pro domo*, de la Universidad de Antioquia, con la revista *Estudios de Literatura Colombiana*, con el *Sistema de Información de la Literatura Colombiana* (SILC) y, finalmente, con el proyecto de investigación *Procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía literaria nacional*, proyecto que llevó a la publicación de este número monográfico de la revista *Lingüística y Literatura*.

Lo que une a las mencionadas iniciativas y a otras parecidas en muchas universidades del país son por lo menos tres elementos de suprema importancia. Primero, se trata de proyectos que inician con reflexiones teórico-metodológicas para dar cuenta del trabajo que se espera. Segundo, además de preparar el terreno teórico y metodológico, se preocupan por poner sólidos fundamentos a partir de amplias recopilaciones de datos y a partir de una extensa relectura de todo el material historiográfico que existe en Colombia. Tercero, las iniciativas que concuerdan en estos dos puntos han surgido de manera independiente en distintos centros de investigación literaria del país; o sea, se trata de un proceso meramente académico que, hasta el momento, no requiere de impulsos de instituciones externas a la universidad². Este último hecho no solamente muestra el grado de independencia y madurez que ha alcanzado la academia colombiana, sino que también tiene repercusiones en el mismo proyecto. Para una editorial u otra institución, lo importante sería ver en los estantes de las librerías y de las bibliotecas lo más pronto posible el producto final, o sea, los varios tomos de la nueva historia de la literatura. Para la academia, quizá más importante que el libro es el camino: la reflexión, la relectura, el cuestionamiento y la constante reconstrucción de la base teórica y metodológica, el establecimiento del fundamento bibliográfico y la revisión y reinterpretación de los resultados de otros³; todo ello va de la mano de la formación de estudiantes de pregrado y

2 A diferencia, por ejemplo, del Manual de Procultura y Planeta de 1988, sin que esta diferencia quiera decir algo sobre la calidad del resultado. Quisiera aprovechar la oportunidad para agradecer a las universidades, especialmente al CODI de la Universidad de Antioquia, los apoyos financieros que hicieron posible los pasos hasta el momento recorridos.

3 Y, casi lo olvidamos, la relectura y reinterpretación de los textos literarios, el a veces demasiado secreto objeto de nuestro deseo.

de jóvenes investigadores de posgrado. En este sentido, el número monográfico que tengo el honor de presentar, me parece ejemplar y paradigmático. Lo es, porque invita a seguir el camino todavía largo hacia la añorada meta, y lo es porque en sí, como trabajo preparatorio, ya es un resultado de investigaciones exhaustivas y tiene peso propio dentro de los debates y las cooperaciones que todavía faltan.

Para que este último argumento de justificación de una empresa investigativa a largo plazo no flote en el aire enrarecido de la teoría académica, la coordinadora del proyecto, Olga Vallejo Murcia, entrega, junto con la revista, un obsequio maravilloso a sus lectores: un CD-ROM –que complementa muy bien el *Sistema de Información de la Literatura Colombiana*⁴– que reúne cerca de 1000 registros comentados y clasificados de textos que pertenecen de una u otra forma al patrimonio de la historiografía literaria colombiana desde Vergara y Vergara. Si antes hablé del fundamento bibliográfico y de la relectura de los que nos antecedieron: ahí está, al alcance de todos e invitando a la cooperación. La misma revista, en última instancia, se nutre de esa base de datos y se aprovecha de ella para desglosar y elaborar en un primer acceso algunas de las preguntas más álgidas y controvertidas que surgen de la tradición historiográfica y de la clasificación provisoria que propone Olga Vallejo.

Alfredo Laverde Ospina asume la responsabilidad de la teoría. En vista del proyecto macro, obviamente tiene que ser una reflexión acerca de los conceptos de canon (y corpus) en el horizonte de la historia (o tradición) literaria, consciente de toda la carga problemática de nociones como transculturación, modernización o heterogeneidad. Con su contribución, Laverde Ospina logra dos objetivos. Por un lado, pone sobre el tapete tres nombres que se conjugarán a lo largo de toda la revista: Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot y Antonio Cornejo Polar. Por otro, presenta de entrada la tesis polémica –quizá un poco exagerada desde mi punto de vista externo–, de que posiblemente haya demasiada escasez de obras colombianas que merezcan el título “obra canónica”, y que, por lo tanto, sería mejor desplazar el concepto de la “historia de la literatura” hacia el concepto más amplio y menos excluyente de la “tradición literaria”.

4 No me perdonaría jamás si no mencionase ya en este punto a María Stella Girón López, sin la cual el SILC no hubiera sobrevivido al primer año de su existencia, y a que gracias a ella y a Olga Vallejo ya cumplió los cinco.

De la pregunta por la vigencia de lo “nacional” que conlleva una historia literaria de un país se ocupa Diana Carolina Toro, y la aborda en tres pasos. Primero revisa la opinión de teóricos como Rama, Gutiérrez Girardot y González Stephan acerca de la función política de las historias literarias nacionales, especialmente en el siglo XIX. En un segundo paso llama la atención sobre el difícil proceso histórico de la nación colombiana con su constante conflicto entre centralismo y federalismo. Desde esta perspectiva lee críticamente algunas de las historias literarias del país (Vergara y Vergara, Gómez Restrepo, Ruano, Bayona Posada, Arango Ferrer y el *Manual*), para subrayar, en su conclusión, algunas de las dificultades a las que tiene que enfrentarse la nueva historia: el comienzo de la literatura “nacional”, su periodización y el papel que desempeñan las regiones.

Este último tema, la “historiografía literaria en torno a la región”, lo trabajan, de nuevo de la mano de Rama, Gutiérrez Girardot y Cornejo Polar, los tres estudiantes Ángela María Higuera Gómez, Diego Leandro Garzón Agudelo y Víctor Santiago Largo Gaviria. Gracias a la base de datos, logran establecer estadísticamente no sólo lo evidente: que Antioquia y el Altiplano Cundiboyacense ocupan los primeros puestos, tanto por la cantidad del material historiográfico regional como por la primacía cronológica; ellos también proponen una ampliación del modelo de la división regional del país que había establecido Williams en 1991, para dar cuenta de nuevos enfoques que surgen con las recientes historias de territorios que hasta el momento habían permanecido en el estado de tierra incógnita en el mapa literario.

La periodización en las historias de la literatura colombiana es el tema que lleva a cabo minuciosamente Gustavo Adolfo Bedoya Sánchez. Como era de esperar, en su examen no se contenta con cuestionar los tradicionales intentos de subdividir cronológicamente el quehacer literario, sino que empieza a dudar de la viabilidad de un único criterio –homogéneo y por ende excluyente– de periodización para todas las literaturas colombianas, de todos los géneros literarios, en todas las épocas, en todas las regiones y, sobre todo, ante cuestionamientos que afectan, incluso, el mismo concepto de literatura.

De ahí no sorprende que la siguiente contribución del antropólogo Nicolay Vargas emprenda una lectura de las historias de la literatura colombiana en busca de expresiones cuyo estatuto de literatura no está asegurado. Se trata de las breves menciones, de los pies de página, de los capítulos aparte, de lo

oculto y de lo que no alcanza a adquirir voz dentro del conjunto de la literatura canónica: la expresión de las minorías, en primer lugar de los negros, de los indígenas y, en otro nivel, de las mujeres. Que la literatura afrocolombiana sigue siendo un vacío y que las mujeres empiezan a tomar la palabra, también en el campo de la historiografía, son resultados obvios de la indagación. Pero el debate corpus-canon al que se refiere Vargas, y el irresoluto concepto de nación nos devuelven a la pregunta que inquietó a Vergara y Vergara y a sus sucesores, y que de forma tan magistral se planteó nuevamente Cornejo Polar con su heterogeneidad cultural: ¿cuándo y dónde y en qué idioma y en qué tipo de presentación (oral, por escrito, de otra manera) se dieron las primeras muestras de lo que hoy (o en el siglo XIX) llamamos literatura colombiana?; en suma, la pregunta por la tradición indígena en el pasado y en el presente.

Cerrado el círculo de temas que abrió Diana Carolina Toro, la revista y las investigaciones del grupo siguen con dos de las categorías que propone Olga Vallejo para la selección y ordenación del material recopilado en el CD-ROM. Se trata de publicaciones que, sin lugar a dudas, tienen un enorme peso a la hora de definir el canon o los cánones o el corpus que entra(n) como objeto(s) de investigación en la historia de la literatura; son ellas, por un lado, las antologías y otras selecciones, y, por otro, los artículos y otros textos que se publicaron a lo largo de un siglo en las revistas universitarias.

Respecto del primer grupo, de las antologías, Ana María Agudelo Ochoa afortunadamente no pierde tiempo y espacio para un examen detallado y/o histórico, pues gracias a Héctor H. Orjuela, Darío Jaramillo Agudelo y unas cuantas revisiones bibliográficas en *Estudios de Literatura Colombiana* tenemos ya trabajos previos en este campo; por eso ella se centra en una especie de teoría de las antologías para poder ubicar su importancia en el proyecto en relación con las preguntas que las demás contribuciones ya plantearon.

El artículo de María Stella Girón López sobre las revistas universitarias constituye apenas un pequeño y abreviado resumen de su verdadero aporte, no solamente a esta revista, sino a la investigación literaria del país. Las cifras a veces engañan, pero aquí son dicientes: más de cien revistas, casi cuatro mil números, más de cinco mil registros: encontrados, analizados, resumidos, registrados y puestos al servicio de los investigadores, para el proyecto de la historiografía o para cualquier otro. Si hablé antes de un fundamento sólido, me referí en primer lugar a estos datos. Sin embargo, y nadie lo sabe mejor que

Girón López, si no se quiere caer en la trampa del positivismo del siglo XIX, no son suficientes las cifras; hay que empezar con las preguntas que ella hace al final: ¿Cuál es el estatuto de los estudios literarios, cuál el papel de la crítica en el contexto del canon y de la historia de la literatura colombiana?

Pero este número monográfico y las investigaciones que lo constituyen todavía no terminan. Faltan otros dos elementos que se esconden, de pronto injustamente, de pronto porque falta todavía el marco teórico para su elaboración, dentro de la rúbrica “Notas”. El papel de la historiografía literaria para la enseñanza en los colegios lo revisa Olga Vallejo. De hecho es ésa la función primordial de la gran mayoría de las historias tradicionales que se escribieron en Colombia, y su repercusión para la constitución de determinados cánones no se puede sobrevalorar. Por otro lado, ninguna historia de la literatura, sea ella concebida con fines didácticos o con fines estrictamente académicos, debe desconocer hoy por hoy el papel protagónico de la escuela para la recepción de la literatura y para la formación de los gustos estéticos –aunque a veces habría que hablar de la deformación estética–. La segunda “nota” la aportan Aldemar Echavarría y Diana Gómez con su acercamiento a dos materiales de trabajo indispensables para la historiografía literaria: las bibliografías y, menos valorados, las biografías y los compendios o diccionarios biográficos de los autores. Tenerlos en consideración y referirse a ellos, con todas las limitaciones que puedan tener, significa para una historia de la literatura un logro enorme. Pues son precisamente ellos los que permiten concentrarse en lo importante, que es buscar tradiciones, relaciones y las grandes líneas, descartando en una historia la mera información acumulada de autores, datos biográficos e indicaciones de obras.

Concluye la revista con una mirada hacia afuera, con tres reseñas de obras que muestran que también en los países andinos vecinos, Bolivia, Perú y Ecuador, existe el *desideratum* de reinterpretar la historia de la propia literatura y de actualizar constantemente nuestras lecturas y conceptos de ella. La pregunta que de ahí surge sobrepasa obviamente los límites de la historia de la literatura colombiana, pero ella necesariamente hace parte del proyecto: ¿podemos desvincular a Colombia de los vecinos directos y de América Latina?; ¿en la Colonia?; ¿hoy? La respuesta es, obviamente, negativa. Sin embargo, y con ello regresamos al principio, sentimos la necesidad de una nueva historia que se centra en la literatura colombiana. Y eso es justificación suficiente para hacerla.